

I.

**INTERVENCIONES
DE LOS SEÑORES ACADÉMICOS**

1. SECCIÓN DE CIENCIAS FILOSÓFICAS

LA LIBERTAD CREATIVA Y SUS CUATRO GRADOS

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintás*

«El filósofo no tiene derecho a simplificar
las cosas para su mayor comodidad»
(Nicolai Hartmann:

Grundzüge einer Metaphysik der Erkenntnis,
Gruyter, Berlin ³1941, cap X.)

Pedagogos y psicólogos eminentes suelen afirmar que, cuando un joven descubre en qué consiste la auténtica libertad, está básicamente formado. De ahí la necesidad de que tengan una idea precisa de lo que significa e implica la libertad humana. Pero este tema puede plantearse desde diversas perspectivas. Hoy adoptaré la perspectiva *pedagógica*. Haré el ensayo de exponer, del modo más profundo y sencillo posible, las distintas formas de libertad que podemos ejercitar los seres humanos y de qué modo podemos lograr esa alta cota que supone la *libertad creativa o libertad interior*.

Se cuenta que, en los días anteriores a la guerra civil norteamericana, dos hombres pujaban, en una subasta, por conseguir la posesión de una joven negra muy bella. El uno era de temple sereno; el otro, iracundo. Al final, ganó el primero, y el antiguo dueño le transmitió los documentos de propiedad y le entregó a la joven de un empujón. Ella miró con odio a su nuevo amo. Éste se mantuvo en silencio durante unos instantes. Luego se acercó a la joven y le dio los documentos, al tiempo que le decía: «*Eres libre; puedes irte*». La joven se quedó perpleja. Luego le dijo, conmovida: «*Pues no me voy; me quedaré a ser-*

* Sesión del día 21 de noviembre de 2023.

virle, pero no por obligación... sino por amor». Ante la bondad inesperada de su nuevo dueño, la desventurada mujer cambió el resentimiento por la aceptación amorosa, interiorizó el deber de servirle y subió de un golpe a los niveles 2 y 3, en los que se viven los grandes valores de la unidad y la bondad. Tal cambio significó el ascenso desde el *nivel -2*, en el que se hallaba, al *nivel 3*. El logro de esta forma elevada de libertad sucedió aquí súbitamente al verse en presencia del amor. De ordinario, requiere todo un proceso.

Vamos a ver *genéticamente*, como si lo estuviéramos descubriendo por primera vez, a través de qué proceso logramos un tipo de libertad tan elevado que se ajusta plenamente a nuestra dignidad de personas.

El prestigio del vocablo «libertad»

La *libertad* ha sido objeto en todo tiempo de inmenso aprecio, como resalta en el vibrante elogio que le dedicó el gran Cervantes: «*La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida*». ¿A qué tipo de libertad se refiere el autor? Posiblemente, el amargo recuerdo de las mazmorras africanas le hiciera pensar en la «libertad de movimiento», que tiene, ciertamente, una importancia básica, por pertenecer al *nivel 1*. Si ponemos ante la vista, bien ordenadas, las distintas formas de libertad, veremos con lucidez cuál de ellas merece nuestra máxima estima.

Dos sentidos del término «libertad»

El vocablo *libertad* (derivado del término latino *liber*) está emparentado con *libre*, *liberal*, *liberalidad*, *libertario*, *libertinaje*. Presenta en el uso cotidiano diversos y ricos matices, que hemos de precisar cuidadosamente si queremos evitar graves malentendidos. Cualquiera de éstos tiene una capacidad de confusión suficiente para frenar nuestro desarrollo personal o anularlo, incluso, del todo. La palabra *libertad* es usada, a menudo, para indicar modos de conducta que no pueden ser calificados de *auténticamente libres*. Quedará de manifiesto, seguidamente, al describir las distintas acepciones del término libertad.

La libertad vacía

El protagonista de la obra de Jean Paul Sartre *Los caminos de la libertad*. *La prórroga* se niega a alistarse, deserta del ejército y callejea sin rumbo por las calles de París. Se siente invadido de libertad, pero al final se pregunta: «*Y ¿qué*

*voy a hacer yo con toda esta libertad? ¿Qué voy a hacer conmigo?»¹. Sin duda intu-
yó que su libertad era vacía, no conducía a ninguna meta, no era impulsada por
ningún ideal digno de la persona humana. Un desertor es una persona desarrai-
gada, por haber roto los vínculos que lo unían a su entorno y daban sentido a su
vida. Cuanto haga estará fuera de lugar, desubicado, des-centrado. Mathieu re-
nunció a la *libertad creativa*, y ahora se siente ahído de *libertad de maniobra*.
Puede hacer lo que quiera, pero esta forma de libertad *ab-soluta* (desgajada de
todo vínculo valioso, fuente de posibilidades creativas) no le permite sino «desli-
zarse por un astro muerto». Paris, toda Francia, el mundo entero es para él un
desierto, en el aspecto lúdico. La idea de libertad que tenía el desertor Mathieu
no era una idea cabal, auténtica, plena. Desertó para sentirse libre, *libre de trabas*,
de coacción y obediencia, pero no *libre para vivir con plenitud*. Su ejemplo deja
claro que, cuando no sirve de base para el ejercicio de la *libertad creativa*, la
mera *libertad de maniobra* deja la vida humana desolada.*

Esta desolación resulta especialmente penosa para nosotros, pues el an-
helo de libertad se halla enraizado en lo más profundo de nuestro ser. Es ley de
vida que el ser humano quiera emanciparse de cuanto bloquea, en alguna forma,
su desarrollo normal. El bebé se mueve en la cuna para ejercitar sus potencias
motrices; el niño va perdiendo poco a poco su apego casi fusional a los padres a
fin de moverse autónomamente; el joven se esfuerza por independizarse en el
pensar y actuar... Es una lucha por adquirir *libertad*. Pero ¿en qué consiste la *ver-
dadera* libertad? Descubrirlo es un hallazgo decisivo en nuestra vida.

Para realizarlo, debemos observar atentamente los diversos *sentidos*
que presenta el concepto de libertad. Ya sabemos que un concepto suele tener
un *significado* común y presentar diversos *sentidos* en circunstancias diferentes.
Al hablar de libertad, aludimos siempre a la capacidad de elegir algo volunta-
riamente. Esta elección voluntaria es su *significado*. Pero, conservando este
significado, este término puede adquirir dos *sentidos* diferentes.

- Si la elección se realiza sólo en virtud de los propios intereses, ejer-
citamos una «libertad de maniobra». Hacemos lo que queremos, nos
movemos impulsados por nuestras apetencias.
- Cuando elegimos inspirados por un valor superior a la mera compla-
cencia de quien elige, la palabra «libertad» adquiere un sentido dis-
tinto: estamos ante la «libertad creativa» o «libertad interior». Nuestra
elección es inspirada y movida por un valor relevante.

¹ Cf. *Los caminos de la libertad. I. La prórroga* (Alianza Editorial Madrid 1985), 362-365. Edición original: *Les chemins de la liberté. I. Le sursis* (Gallimard, Paris 1945) 418 ss.

Son dos *sentidos* diferentes de un mismo concepto y un mismo término. Distinguirlos con precisión es indispensable para orientarse debidamente en la vida. La *libertad de maniobra* encierra un inmenso valor en nuestra existencia, pero puede despeñarnos hacia los procesos de vértigo, que nos lo prometen todo y acaban destruyéndonos. La *libertad creativa* debemos adquirirla con esfuerzo porque es exigente, pero nos permite desarrollarnos del todo como personas.

Esto que acabo de decir debemos ahora descubrirlo por sus pasos. Iremos descubriendo las distintas formas de libertad que podemos ejercitar los seres humanos y de qué modo podemos lograr esa alta cota que supone la *libertad creativa* o *libertad interior*. Para ello necesitamos poner en juego una «mirada profunda», que iremos adquiriendo a medida que ascendamos de nivel. Por eso comenzaré por la descripción de las formas más elementales de libertad –elementales en sentido de «básicas»–, e iré ascendiendo hasta las formas más elevadas y perfectas. Es un buen ejercicio para aprender el arte de pensar de forma precisa, aquilatada, orfebresca, años luz superior a los modos de pensar imprecisos, borrosos, bastos. Con un hacha de leñador puede abatirse un árbol en el bosque, pero ni el mejor relojero podrá arreglar con ella un reloj. De forma semejante, con la metodología filosófica que a menudo se utiliza no podrá la persona más inteligente plantear con la debida precisión los problemas humanos.

I. LA «LIBERTAD DE MANIOBRA», O LIBERTAD DE MOVIMIENTO Y ACCIÓN (NIVEL 1)

1. La libertad de ejercitar las potencias fisiológicas y las psíquicas

La primera forma de libertad que desea ejercitar el ser humano es la *libertad de movimiento*. El bebé, en la cuna, mueve sus extremidades constantemente y se sentiría muy frustrado si no pudiera hacerlo. A medida que pone en forma sus potencias –moverse, ver, oír, tocar, pensar, recordar, querer...–, el niño tiende a ejercitarlas con avidez.

En cambio, el paralítico se ve trabado, incapaz de dar rienda suelta a su afán de caminar, desplegar energías, desplazarse, tomar iniciativas... No se siente libre, y su estado de postración le duele en lo más hondo. Le falla la vida en su misma raíz, pues la libertad de ejercitar las potencias fisiológicas está enraizada en las bases mismas del propio ser. De ahí la necesidad que experimenta de compensar esa falta de libertad primaria con el logro de formas superiores de libertad.

2. La libertad de ejercitar estas potencias en todo tiempo y lugar

La libertad de movimiento necesita, para desplegarse plenamente, un *campo de libre juego*, un espacio en el que moverse y trazar diversos proyectos: viajar, entablar relaciones, establecer la residencia... Si carece de este tipo de *libertad*, el hombre ve limitada hasta la asfixia su capacidad de desplazarse y realizar sus planes. De ahí la angustia del encarcelado, que tiene libertad para ejercitar sus potencias naturales, por gozar de buena salud, pero no puede hacerlo donde y cuando quiere. Por eso siente la cárcel como un encierro asfixiante, pues reprime una tendencia natural. Su deseo de liberación es, en cierta medida, semejante al del minusválido. Aunque la prisión sea amplia y confortable, la imposibilidad de planificar sus movimientos le produce una sensación desazonante de ahogo, semejante al del asmático que se ve rodeado de aire por todas partes pero no puede aspirarlo. Al prisionero le sucede esto respecto al espacio. Recordemos la patética estampa de los presos saliendo del calabozo a la luz del día, escena que inmortalizó Beethoven, paladín de la libertad, en su genial ópera *Fidelio*.

3. La libertad de moverse en la sociedad con un mínimo desahogo económico

El que puede moverse sin trabas en un medio social que ofrece múltiples posibilidades de diverso orden pero no puede asumirlas por carecer de medios económicos adecuados se siente privado de libertad, libertad real de elección.

Acabamos de ver que nuestra primera forma de libertad viene dada por la capacidad de ejercitar, sin traba alguna, nuestras *potencias* (andar, ver, oír, hablar, pensar, diseñar proyectos de todo orden...), pero el ejercicio de las *potencias* no es fecundo si no contamos con *posibilidades*. Leonardo da Vinci estuvo dotado de potencias extraordinarias –inteligencia, imaginación creadora, poder inventivo...–, pero no pudo satisfacer su ansia de volar, porque su sociedad carecía de posibilidades para ello: conocimientos científicos y técnicos, recursos económicos, planes políticos... La falta de posibilidades supone para el hombre una merma de libertad. De ahí que pasar de la penuria económica a la holgura suponga una *liberación*.

Para sentirse libre, debe uno contar con posibilidades diversas entre las que poder elegir. Por eso los niños y los jóvenes suelen considerarse muy libres cuando disponen de numerosas posibilidades y pueden elegir las que desean. El gobernante que ofrece esta *libertad de maniobra* a los ciudadanos es considerado a menudo como un *liberador*, un promotor de la libertad. ¿Es ésta una valoración justa? En unos casos sí; en otros, no, pues poder elegir entre muchas posibilidades no equivale todavía a ser libre interiormente. Es sólo una *condición para ello*, como lo es el ejercicio expedito de las propias potencias –ver, oír, andar...–.

II. LÍMITES DE ESTAS CUATRO FORMAS DE LIBERTAD ELEMENTAL

Estas formas de libertad primaria podemos verlas muy menguadas o, incluso, anuladas por diversas circunstancias ajenas a nuestra voluntad:

1. La enfermedad entorpece nuestra libertad de movimientos.
2. La reclusión limita nuestra libertad de movimiento a ciertos lugares y tiempos.
3. La libertad de movernos con la sensación de poderío que nos dan los artefactos se ve limitada por las normas de circulación.
4. La penuria económica nos impide realizar los desplazamientos que deseamos llevar a cabo.

Esta limitación de nuestra libertad de maniobra se nos hace especialmente dura, pues achica el horizonte de nuestras posibilidades de desarrollo si no somos capaces de elevarnos a un modo superior de libertad, que sustituya con creces la *libertad de maniobra*. Esta nueva forma de libertad no nos viene dada por la naturaleza de modo espontáneo y patente. *Debemos descubrirla y, en parte, promoverla*. No basta que alguien nos hable de que existe. Necesitamos sacarla nosotros a la luz, ponerla en forma como se pone el arte de tocar un instrumento musical. El gran filósofo alemán J. G. Fichte indica al lector de una de sus obras que procure descubrir por sí mismo lo que él le dé a conocer. De lo contrario, se quedará fuera del mensaje recibido:

*«Todo lo que se puede hacer ahora por ti –escribe– es guiarte para que encuentres la verdad, y a esa dirección se reduce lo que una enseñanza filosófica puede aportar. Pero siempre se presupone que eso hacia lo que el otro te conduce lo poseas de veras interiormente tú mismo, y lo mires y contemples. De no hacerlo, oírías narrar una experiencia ajena, de ningún modo la tuya (...)»*². Si no vibramos personalmente con las realidades que vamos descubriendo –por iniciativa propia o por sugerencia ajena–, no nos haremos cargo de la grandeza que albergan, no sentiremos la íntima emoción que produce lo valioso y no convertiremos el saber en un principio de honda sabiduría y, por tanto, de excelencia personal.

² Cf. *Sonnenklarer Bericht an das grössere Publikum über das eigentliche Wesen der neuesten Philosophie*, en *Fichtes Werke*, Walter de Gruyter, Berlin 1971, p. 337.

III. EN LOS NIVELES 2 Y 3 SE SUPERAN CIERTOS LÍMITES DE LA LIBERTAD POR VÍA DE ELEVACIÓN

1. Libertad para romper el bloqueo espiritual causado por el reduccionismo empobrecedor –que rebaja todo al nivel 1– y orientarse hacia metas ilusionantes

Alguien puede disponer de amplia libertad de movimiento y elección pero carecer de metas valiosas que proponerse. Siente satisfacción al poder elegir, pero se ve frustrado al advertir que sus elecciones se mueven dentro de un horizonte vital muy angosto, y no sabe en qué emplear su *libertad de maniobra*, por carecer de valores que orienten su actividad y le den un sentido preciso. Hay formas de pensar y de orientar la vida que *reducen* considerablemente el valor de cuanto se realiza: el amor es *reducido* a la saciedad de un impulso pasional; el deporte es visto como mera competición, afanosa de ganar a cualquier precio por razones de prepotencia o de revancha; el poder es ansiado como medio para aumentar el dominio y la posesión de bienes de todo orden...

Una forma de liberarse de este bloqueo –que supone una penosa servidumbre espiritual– es superar el espíritu reduccionista mediante el recurso de vivir, con espíritu creativo, los *doce descubrimientos* que implica nuestro desarrollo como personas³. Este desarrollo comienza cuando descubrimos la diferencia que hay entre manejar un objeto, por ejemplo un papel, e interpretar una obra musical escrita en ese papel, convertido en partitura. Con el papel puedo hacer lo que quiero, si es mío. La obra musical no puedo interpretarla como yo desee; debo obedecer las indicaciones hechas por el compositor en la partitura. Al hacerlo, renuncio a la *libertad de maniobra*, pero adquiero una forma nueva y superior de libertad, la *libertad creativa*, libertad para volver a crear la obra.

Acabamos de descubrir los dos primeros niveles positivos. El nivel en que manejamos objetos con libertad de maniobra es el más elemental; llamémosle *nivel 1*. El nivel en que damos vida a unas obras culturales –musicales, literarias, coreográficas...– y adquirimos una forma superior de libertad, lo llamaremos *nivel 2*. Las experiencias que realizamos en él no son *de una sola dirección*, como en el nivel 1, en el que un sujeto actúa y el objeto sufre los efectos de esa acción, sin capacidad de iniciativa. Son *reversibles*, bidireccionales: el músico configura la obra que interpreta en cuanto se deja configurar por ella. Hay un influjo mutuo que los enriquece a ambos. Acabamos de descubrir

³ Estos descubrimientos son descritos con cierta amplitud en mi obra *Descubrir la grandeza de la vida*, Desclée de Brouwer, Bilbao ² 2010.

un dato decisivo para nuestro crecimiento como personas: *la libertad y las normas se oponen en el nivel 1, pero se complementan y enriquecen en el nivel 2.*

Hasta tal punto se enriquecen que, si *libremente* cumplimos las *normas* que regulan las relaciones humanas, podemos crear relaciones de encuentro. El encuentro es uno de los pilares del desarrollo humano porque, al cumplir sus condiciones –generosidad, veracidad, fidelidad, comunicación cordial...–, descubrimos lo que son los *valores*, que, al ser realizados por nosotros, reciben el nombre de *virtudes*. Si adoptamos en la vida una actitud virtuosa, creamos auténticas relaciones de encuentro, y éste nos da sus frutos: energía interior, alegría, entusiasmo, plenitud, felicidad... Al ver, por propia experiencia, esta fecundidad del encuentro, descubrimos que no hay valor más grande en nuestra vida que el encuentro, es decir, la creación de formas elevadas de unidad.

Acabamos de realizar el mayor descubrimiento de nuestra vida ética: el *ideal de la unidad*. Al optar, con una decisión firme, por este ideal –que va unido de raíz con el de la bondad, la verdad, la justicia, la belleza–, adquirimos una verdadera libertad interior, damos sentido a nuestra vida, acrecentamos nuestra capacidad creativa, desarrollamos de forma equilibrada y constructiva la afectividad...

Una vez realizado este recorrido, nos asombramos de la riqueza y madurez que ha adquirido nuestra persona, y no dejamos que la tendencia reduccionista nos seduzca con la forma elemental de libertad propia del nivel 1.

2. Libertad para superar la idea negativa del sacrificio y vivir con la energía que irradian el encuentro y el ideal de la unidad

Uno de los malentendidos propalados por la manipulación reduccionista consiste en confundir el *sacrificio* con la *represión*. Distanciarse de los intereses inmediatos implica una renuncia al valor de lo agradable, y tal renuncia entraña un *sacrificio*. Pero éste, por intenso que sea, no supone forma alguna de *represión*, si por tal se entiende el bloqueo del desarrollo cabal de la propia personalidad. En cuanto se renuncia a un valor para conseguir otro más elevado, avanza uno en madurez, se acerca a la realización plena de la meta ideal que orienta su vida. Pero ¿de dónde nos viene la fuerza interior necesaria para dejar de lado el pájaro en mano de las ganancias inmediatas y consagrar las energías al logro de esa forma de libertad que ejercitamos al vivir esa experiencia reversible que es el encuentro, en todas sus modalidades?

Esa energía procede del encuentro mismo que intentamos crear. A partir del nivel 2, cuando buscamos algo valioso nos movemos inspirados e impulsados por el valor que intentamos alcanzar y asumir. Sucede en las experiencias

de encuentro ético, estético, metafísico y religioso. Tengamos en cuenta que todo ideal –los ideales parciales y el ideal supremo–, si es auténtico y no una mera utopía –un deseo irrealizable–, revierte sobre el presente para dar a nuestra vida impulso y sentido.

3. Libertad para soportar las presiones y orientar la vida conforme a los propios criterios

Una persona puede disponer de las diversas formas de libertad indicadas anteriormente, pero hallarse sometida a diversas presiones y chantajes debido a motivos ideológicos, políticos, morales o religiosos. Tiene capacidad para actuar con eficacia y excelencia, incluso en niveles culturales elevados, pero se enfrenta a un cerco de hostilidad que convierte cada decisión en una fuente de riesgos. Los que han vivido alguna época de terror en su vida no podrán olvidar el deseo vehemente que sentían de verse *liberados* de esa insufrible tensión. La fuerza para soportar esta tensión y mantenernos firmes en nuestra línea de conducta nos viene del ideal, en sus cinco modalidades. Con su elevación y nobleza, nos otorga libertad creativa suficiente para abordar las dificultades con soberanía de espíritu. Nos hemos elevado a la alta cota del *nivel 3*.

IV. EN LOS NIVELES 3 Y 4 LA LIBERTAD ALCANZA CUATRO GRADOS DE PERFECCIÓN

Si afinamos la mirada, observamos que la libertad para elegir todo tipo de posibilidades sólo tiene cabal *sentido*⁴ en nuestra vida si se ajusta a las exigencias que plantea nuestro desarrollo personal. Nuestro desarrollo, como «seres de encuentro», culmina lógicamente en la creación de modos diversos de encuentro (nivel 2), pero éstos sólo alcanzan su riqueza y su estabilidad cuando los realizamos bajo la inspiración del ideal de la unidad (nivel 3). Al elegir algo, no porque sea agradable y favorezca mis intereses inmediatos, sino porque me ayuda a realizar el verdadero ideal –el *ideal de la unidad*–, me distancio de mi afán de dominio y manejo –nivel 1–, para elevarme al plano de la colaboración creativa –nivel 2– y optar incondicionalmente por los grandes valores: la unidad, la bondad, la justicia, la belleza, la verdad –nivel 3–. Esta capacidad de distanciarme de los valores inmediatos me permite ver, a través de cuanto haga, el ideal que debe inspirar mi acción y darle sentido.

⁴ No digo sólo *significado* sino *sentido*, término que alude al significado peculiar que una acción adquiere en el *conjunto* de nuestra actividad personal. Una acción puede tener un mismo *significado* básico siempre, pero presentar distintos *sentidos* en diversas circunstancias.

Lo antedicho nos permite comprender la razón profunda por la que Benedicto XVI dirigió a la multitud de jóvenes reunidos en Colonia, el 21 de agosto de 2005, estas ponderadas palabras: «*Libertad no quiere decir gozar de la vida* (nivel 1), *sino orientarse según la medida de la verdad y el bien* (nivel 3), *para llegar a ser nosotros mismos verdaderos y buenos* (niveles 2 y 3)»⁵.

El ideal de la unidad polariza toda nuestra vida, la orienta hacia la plenitud, la colma de sentido. Esta capacidad de ver, al mismo tiempo, distintos aspectos de la vida y ordenarlos conforme a su rango es una de las características de la *libertad interior* o *libertad creativa*. Se trata de un modo de libertad muy lúcido: al verme *ligado* a un ideal voluntariamente elegido, sé ver la *obligación* de realizarlo como una forma de *vinculación nutritiva* que me conduce a mi pleno desarrollo. Este descubrimiento del sentido profundo de mi *obligación al ideal* me permite *interiorizar el deber* y hacerme verdaderamente responsable⁶ y prudente. *Responsable*, en cuanto respondo lúcida y voluntariamente a la apelación del ideal, que es el gran valor que me ofrece múltiples posibilidades para desarrollarme como personas. *Prudente*, pues actuar en todo momento bajo la inspiración del gran valor que constituye nuestro ideal en la vida es la quintaesencia de la virtud de la prudencia.

Esta elección *libre* del *deber* puede hacerse por motivos diversos, y de tal diversidad se derivan los distintos grados de perfección de la libertad creativa. Nuestra libertad interior se perfecciona a medida que nuestra unión con el ideal se torna más íntima y comprometida. Cuanto más nos unimos al ideal de la unidad –dentro siempre del nivel 3–, más libres somos interiormente, más abiertos estamos a las formas superiores de creatividad.

Grados de perfección de la libertad creativa

Grado primero

Si elijo en virtud del ideal de la unidad y la solidaridad porque entiendo que es un *deber* que me viene impuesto por el hecho de vivir en una comu-

⁵ Los paréntesis son míos.

⁶ La palabra *responsabilidad* procede de la voz latina *respondere* (responder). Está vinculada de raíz con los términos *corresponder*, *correspondencia*, *corresponsable*. Ser responsable significa 1) *responder a* la llamada de los valores, que piden ser realizados; 2) *responder de* las consecuencias de tal respuesta. Ambas formas de respuesta implican sensibilidad para los valores, es decir, capacidad para descubrir y reconocer la fecundidad que tienen en nuestra vida al ofrecernos posibilidades de auténtico desarrollo personal. El que quiera ser responsable debe tomar distancia frente a cuanto le viene impuesto del exterior (modas, prejuicios, opinión pública poco aquilatada o deformada...) y esforzarse en descubrir los distintos valores, ordenarlos según el rango que ostentan y conceder la primacía a los más elevados. De esta forma gana independencia respecto a coacciones externas, al tiempo que se vincula interiormente a los valores de forma lúcida y libre. El valor más elevado es el que hemos descubierto como el *ideal* de nuestra vida.

nidad de personas, comienzo a ser libre de verdad, porque oriento mi vida hacia la meta *justa*, la *ajustada* a mi vocación y misión como ser humano, no hacia metas secundarias, como puede ser mi afán de acumular gratificaciones. Pero tal libertad es todavía incipiente, pues actúo por un deber que considero *distinto de mí y externo*.

Grado segundo

En cuanto cobre verdadero amor a dicho ideal, consideraré el deber de realizarlo como una *voz interior*, un impulso espontáneo de mi ser más profundo. Al *interiorizar* así el deber, soy yo mismo quien me *ob-ligo* a responder positivamente a la llamada de ese ideal con espontaneidad creativa, al modo como el buen intérprete vuelve a crear las formas sugeridas en una partitura musical⁷. Cuando conseguimos que los grandes valores, y sobre todo el *valor ideal*, se nos hagan íntimos, aun siendo distintos, damos un paso decisivo hacia nuestra madurez personal, porque podemos entregarnos con toda decisión a instancias que nos vienen dadas en principio *de fuera*, y no por ello nos enajenamos o *alienamos*. Al contrario, ganamos nuestra plena *identidad personal* y nos hacemos *responsables*. Es responsable el que responde con amor a la llamada de algo valioso que, una vez interiorizado y asumido como propio, le ayuda a realizar el ideal de la vida. Esa respuesta amorosa implica una forma superior de libertad creativa. Nos hallamos ya en un plano elevado, dentro del *nivel 3*.

Grado tercero

En cuanto ese amor deje de ser un simple afecto para alcanzar la cima del *entusiasmo*, la libertad se perfecciona. Realizo, *entusiasmado*, lo que *debo* realizar. El esfuerzo que tal realización implica queda con ello transfigurado; se hace leve; se integra en un proceso de elevación a lo mejor de uno mismo; deja de significar una *represión* para entrañar una *sublimación*.

Esta forma de altísima libertad la rehuimos con frecuencia, porque no tenemos el coraje de aceptar responsablemente todo lo que somos, o lo que estemos llamados a ser. Tal miedo a la verdadera libertad nos empobrece sobremanera pues nos aleja de los valores. Ser responsable indica estar activamente a la escucha de cuanto encierra un valor y me pide que lo asuma y realice en mi vida. Algo es valioso para mí cuando me ofrece posibilidades para actuar con sentido. Si respondo positivamente a los valores que me invitan a asumirlos, actúo responsablemente y me hago responsable del resultado de mis acciones. Cuanto más elevados sean esos valores, más elevado es el rango de mi respon-

⁷ Recuérdese que ya Friedrich Schiller destacó la función decisiva que ejerce en la vida ética la «interiorización del deber». «El deber ya no coacciona –escribe– cuando coincide con la inclinación». Cf. *Cartas sobre la educación estética del hombre*, Aguilar, Madrid, ²1969, pp. 92-93, 91. Versión original: *Ueber die ästhetische Erziehung des Menschen*, Scherpe, Krefeld, 1948, pp. 56 ss.

sabilidad. Ascendemos, con ello, a la frontera en que el *nivel 3* –el de la opción por los valores– confina con el *nivel 4*, el religioso, en el cual nos adherimos con todo el ser a las realidades más altas, las que lo fundamentan todo.

Grado cuarto

Sólo el hombre responsable es libre, está liberado de la reclusión egoísta en la soledad de su yo y se halla abierto a las realidades que hacen posible su creatividad y su desarrollo personal. Cuando responde activamente al *valor más alto* –la unidad que funda con los demás el que está dispuesto a dar la vida por amigos y enemigos–, consigue una forma de *libertad perfecta*, se halla plenamente en verdad, enriquece el reino de la unidad, la bondad, la justicia, la belleza. Esta opción incondicional por los grandes valores supone una soberanía de espíritu tal que resulta difícil lograrla sin ascender al *nivel 4*, el nivel de la experiencia religiosa. La *libertad perfecta* se da cuando alguien se entrega al *amor absoluto*.

En el infierno de un campo de concentración, un padre de familia está a punto de ingresar en un calabozo para morir allí de extenuación. Uno de los prisioneros se adelanta y se ofrece para entrar en su lugar. ¿Cómo se explica esta *libertad interior* de Maximiliano Kolbe frente al propio instinto de conservación, que suele exacerbarse en tales situaciones límite? Ese instinto podemos superarlo cuando interiorizamos de tal modo el ideal de la unidad que los demás valores –incluso el de la propia vida– quedan supeditados a él, transfigurados por él. Hace falta una capacidad sobrehumana de despego de sí mismo, de distanciamiento respecto a la propia situación adversa para desbordar el presente y situarse en el punto de vista del *puro amor*, del amor que, incluso en una situación límite, consagra las últimas fuerzas a restaurar la unidad que los enemigos están desgarrando de forma implacable. *Esta identificación con el amor absoluto, incondicional, marca el momento cumbre de la libertad humana.*

Esta forma elevada de libertad nos vuelve responsables, nos libera del desconcierto intelectual, nos permite recuperar la energía creativa, nos otorga la verdadera alegría interior

En las descripciones anteriores queda patente que, si seguimos el proceso de crecimiento personal, adquirimos formas nuevas y más elevadas de libertad, superando las inferiores sin el menor trauma.

Un joven israelita es arrastrado, a empellones, fuera de los muros de Jerusalén. Al final del trayecto, los agresores se alejan un tanto de él y empiezan a lapidarlo. ¿Puede alguien hacerse una idea del desamparo espiritual que supone morir cercado de odio? Los animales moribundos suelen buscar un refugio para sentirse menos desvalidos. Esteban se hallaba solo, en el descampado, frente a sus verdugos. Lo normal hubiera sido intentar huir, gritar, defenderse a la

desesperada, morir matando. Pero se mantuvo sereno, con la mirada dirigida a lo alto, y desde esa altura pronunció una palabra de perdón para quienes lo iban a dejar sin voz para siempre. Para adivinar cómo es posible esta soberanía de espíritu, debemos dar el salto del *nivel 3* al *nivel 4*, el de la aceptación religiosa de un Ser infinitamente bueno y justo, que nos creó a su imagen y semejanza.

Esta fundamentación última de nuestra opción incondicional por los grandes valores está reservada, obviamente, a los creyentes, pero eso no obsta a que todos, creyentes y agnósticos, podamos y debamos recorrer juntos el largo y fructífero camino que nos eleva del *nivel 1* a los niveles 2 y 3. Tal comunidad de ruta y de ideal es condición indispensable para una vida de *concordia* y *tolerancia*, entendida ésta como la búsqueda en común de la verdad.

CONCLUSIÓN

Hemos seguido un proceso de crecimiento muy sugestivo. A lo largo de sus distintas fases, aparece la libertad en sus diversas formas y nos muestra su inmensa riqueza. En el *nivel 1*, la *libertad de maniobra* presenta un valor; nos permite ejercitar nuestras potencias, asumiendo las posibilidades que nos son dadas. Pero este ejercicio de las potencias tiene por meta crear *nuevas posibilidades*. Por ejemplo, ejercitamos la libertad de movernos con el fin de realizar diversos encuentros. Orientar la libertad de maniobra a la realización de encuentros es la tarea propia de la *libertad creativa*. Debemos amenguar, para ello, nuestra capacidad de libertad de maniobra, y con esa renuncia adquirimos una forma superior de libertad, la *libertad creativa*. En cuanto crecemos como personas, aprendemos a ver la libertad no tanto como la capacidad de movernos arbitrariamente cuanto como el poder de crear relaciones más y más valiosas. Este poder supone voluntad de colaboración, renuncia a la reclusión egoísta en nosotros mismos, pero ese sacrificio no frena nuestro ascenso hacia lo alto; lo impulsa de forma progresiva.

A medida que alcanzamos una forma superior de libertad, nos liberamos del apego a las formas inferiores. Así se explican casos heroicos de personas que han soportado la falta absoluta de *libertad de maniobra* sin perder el buen ánimo, la fidelidad a sus creencias, la cordialidad con los demás.

Queda, con ello, patente ante nosotros una de las bases de la vida ética: *la necesidad de aceptar que amengüe la libertad de maniobra para hacer posible la libertad creativa*. Este paso de un tipo de libertad inferior a otro superior lo damos siempre que transformamos una realidad y acomodamos nuestra conducta a las exigencias de una realidad nueva. El proceso de perfecciona-

miento ético va unido a una serie de transfiguraciones de la realidad y de nuestra conducta. De ahí la importancia decisiva del estudio de los ocho niveles de realidad en que podemos vivir⁸.

Lo antedicho nos permite matizar el sentido de esta frase de Benedicto XVI, dicha a los jóvenes en la explanada de Marienfeld, en Colonia, el 21 de agosto de 2005: «*Libertad no quiere decir gozar de la vida, sino orientarse según la medida de la verdad y el bien, para llegar a ser nosotros mismos verdaderos y buenos*». Ahora podemos articular debidamente los distintos conceptos que esta frase moviliza.

La entrega a los goces de la vida se realiza con el impulso que nos da la *libertad de maniobra*, una forma de libertad básica y, como tal, un tanto precaria en cuanto a creatividad, pero muy apremiante. La *libertad creativa* no se reduce a procurarse la mayor medida posible de goce; tiende a actuar generosamente, conforme a los ideales de la unidad, el bien, la justicia, la belleza. Al consagrar de buen grado la vida a estos altísimos principios de vida y acción, el hombre –ser de encuentro– se ve en estado de pleno logro, de realización cabal de su vocación. Se siente *verdadero, verdaderamente desarrollado y realizado*. De ahí su colmada felicidad y su júbilo.

El ideal de la unidad abre a nuestra libertad un nuevo horizonte

Tras exponer, en un congreso, esta idea matizada de libertad, un joven se me acercó, visiblemente emocionado, y me dijo con tono abatido:

- «Me ha dejado usted desolado».
- «No era mi intención –le respondí– ¿Qué le sucede?».
- «Hasta hace una hora –agregó– creía ser la persona más libre del mundo, pues mis padres me mantienen a tope una cuenta corriente y me dejan tomar las iniciativas que desee. Pero yo elijo sólo en virtud de mis apetencias. Y usted acaba de explicar que los deseos no llevan en sí su propia justificación. Por eso, puedo desear algo intensamente, y, al conseguirlo, buscarme la ruina».

⁸ Estos niveles son descritos con cierta amplitud en mi obra *Descubrir la grandeza de la vida*, Desclée de Brouwer, Bilbao ²2010 y mucho más ampliamente en la obra *La ética o es transfiguración o no es nada*, BAC, Madrid 2014.

- Me acerqué un poco más a él, para ganar confidencialidad, y le respondí: «Comprendo su situación, pero no debe estar triste, sino levantar el ánimo porque le queda toda la vida para disfrutar del descubrimiento que acaba de hacer. Usted consideraba la *libertad de maniobra* como la única y suprema forma de libertad. Ahora adivina que, por encima de ella, existe la *libertad creativa*. Celebre este hallazgo. ¿Sabe usted a qué abismos se estaba asomando a diario, cuando disponía de tantas posibilidades y carecía de una meta elevada que orientara debidamente su capacidad de elección?».

Conocer las diversas formas de libertad y advertir que las formas superiores debemos lograrlas mediante un esforzado ascenso de nivel es indispensable para evitar grandes riesgos y orientar la vida hacia la forma suprema de libertad, modo de excelencia espiritual que logramos al dejarnos inspirar, en todo momento, por los ideales de la unidad, la bondad, la justicia, la belleza, y sentir que hemos alcanzado ese estado de plenitud que, con término de gran abolengo, llamamos *verdad* (nivel 3). Razón tenía el gran Goethe para escribir esta observación en carta a Eckermann:

«No nos hace libres el no querer aceptar nada superior a nosotros, sino el acatar algo que está por encima de nosotros».

